

Una aproximación a las limeñas de inicios del siglo xx Fanni Muñoz

Limpias y modernas: género, higiene y cultura en la Lima del novecientos
María Emma Mannarelli
Ediciones Flora Tristán
Lima, 1999, 361 pp.

En la trayectoria intelectual de María Emma, la pasión por hurgar en los archivos y devolvemos el rostro de las mujeres limeñas, sus preocupaciones, sus deseos, sus necesidades y sus formas de relacionarse con los hombres, siempre estuvo presente. Prueba de ello son sus trabajos sobre la ilegitimidad Lima, y el de las hechiceras, beatas y expósitas durante el poder inquisitorial en el siglo xvii. El trabajo que ahora comentamos nos aproxima a las mujeres de la sociedad limeña de inicios del siglo xx y constituye un aporte fundamental para la historiografía de fines del xix e inicios del xx, y para la historia de las mujeres en el Perú. Estas, que en el Perú han permanecido abandonadas en la sombra de la historia —como bien señala Georges Duby—, hace ya una década tienen una historiadora, terca y porfiada, en un medio académico siempre angustiado por dar respuestas al apremiante presente.

El trabajo de María Emma nos ofrece una perspectiva renovada para analizar este periodo a partir del proceso de integración entre Estado y sociedad, en el cual la tensión y la negociación que se presentan son frecuentes. Asimismo, la riqueza del trabajo se evidencia en diferentes sentidos: en los distintos enfoques teóricos con los que dialoga la autora, sean de gé-

nero u otros (obsérvese su adhesión a algunos textos clásicos de la historia cultural como la obra de Norbert Elias); en la contextualización del proceso peruano en una dimensión latinoamericana y universal; y en las variadas y diversas fuentes que ella utiliza. Estas últimas van desde el registro fotográfico hasta los escritos producidos por las mujeres, pasando por revistas, diarios y tesis médicas de la época.

Limpias y modernas. Género, historia y cultura en la Lima del novecientos, como el mismo nombre lo sugiere, nos transporta a un momento de transición y cambio ocurrido en la sociedad peruana, que dio lugar a la modernización del Estado, durante el cual las mujeres asumieron un rol protagónico. Este es un periodo de estabilización política, crecimiento económico, surgimiento de los sectores medios e incremento demográfico. De una ciudad de 140 884 habitantes, según el censo de 1908, pasamos a una de 223 807 habitantes en 1920 y 376 500 habitantes en 1931. Asimismo, la autora ofrece un retrato de la serie de innovaciones tecnológicas que llegan a la ciudad, que van desde la instalación del alumbrado eléctrico hasta la aparición de los automóviles, acontecimientos con un fuerte impacto en la vida de hombres y mujeres de la época.

Un hecho que marcará este periodo de cambio —y que la autora analiza agudamente— es la reconstrucción nacional que sigue a la guerra del Pacífico. La preocupación se centró entonces en «formar hombres viriles y fuertes», y «mujeres, sanas y saludables, no dadas a la vanidad ni a la coquetería». En este contexto —y en un horizonte cultural influido por el positivismo y el racionalismo científico— nos encontramos con las opiniones de los médicos y con un grupo de mujeres llamadas «vanguardistas» por María Emma, pues constituyeron un movimiento intelectual de avanzada para la época. Los médicos y las vanguardistas se sintieron protagonistas de una nueva etapa en el proceso de la civilización. El grupo de vanguardistas lo conformaron mujeres de sectores medios y altos como Teresa González de Fanning, Elvira García y García, María Jesús Alvarado y Lastenia Larriva de Llona, entre otras, quienes compartían con los médicos, el propósito de «civilizar al país y sacarlo del estado de barbarie en que se encontraba». Estas mujeres fueron las continuadoras de las llamadas ilustradas de mediados del XIX —analizadas por Francesca Denegri—, como Manuela Gorriti, Mercedes Cabello y Clorinda Matto de Turner, quienes organizaban las famosas tertulias literarias.

En el periodo que estudia María Emma, el discurso médico —discurso masculino— fue el hegemónico, y a través de éste se formó una concepción particular respecto a las mujeres. Asimismo, son los médicos quienes participan en distintas instancias del gobierno y llegan a construir un discurso normativo público. Las mujeres, desde sensibilidades diferentes, asu-

men este discurso pero reelaborándolo en algunos aspectos desde su impronta. Lo que resulta más significativo, sin embargo, es que las vanguardistas —además del nivel de participación que lograron— contribuyeron a la creación y ampliación de los espacios públicos, y a la redefinición de la moral femenina basándola en el trabajo y dignificada por la educación. La revisión de la vasta producción literaria de las mujeres vanguardistas y su participación en organismos públicos y en la regencia de colegios muestra este proceso de cambio de las mujeres. Basta para ello con conocer los textos de Teresa González de Fanning sobre la importancia de la educación física e intelectual de las mujeres para tener una idea de la lucha de estas mujeres.

Siendo *Limpias y modernas...* una obra que puede tener diferentes lecturas, a lo largo de ella el lector puede encontrar algunos hilos conductores tales como la importancia de la higiene y salud, que se transforman en la nueva moral del proyecto modernizador; las nuevas formas de relación entre los hombres y las mujeres; la participación y apropiación del espacio público por las mujeres y el proceso de constitución de la identidad femenina, a partir de su rol doméstico. Todos estos, procesos situados en la problemática de la modernidad, en medio de una sociedad con rasgos patrimoniales en la cual la iglesia siguió conservando su poder. Observamos que la modernidad fue una experiencia compleja y contradictoria porque si bien erosionaba las jerarquías sociales, también creaba distinciones propias de la discriminación. Ejemplo de ello son las medidas para higienizar a los individuos en una sociedad con un alto

porcentaje de la población viviendo en callejones y casas de vecindad, y donde por lo tanto la higienización funcionó como terreno de diferenciación entre grupos sociales; asimismo, las agresiones y acusaciones que recibieron los herbolarios chinos y los curanderos indígenas, así como el recelo y rechazo a las mujeres que estudiaban medicina por parte del gremio médico. Finalmente, en la novela *Vencida* de Angélica Palma se aprecia claramente la contradicción entre el ideal moderno de mujer «estudiosa y trabajadora», representado por la protagonista de la novela — Nelly, hija de un peruano de familia de clase alta con una norteamericana —, opuesto al ideal de mujer casamentera, representado por todas las otras mujeres que figuran en la novela. Pese a los nuevos valores que representa Nelly, la representación femenina que ofrece es la que le asignó el discurso masculino: «hermosa, graciosa, sensible y frágil».

Por otro lado, la riqueza del trabajo nos permite observar no solo lo que pasa en un grupo determinado de mujeres sino que nos hace conocer, por ejemplo, las distintas reacciones de las mujeres frente a la idea de ser auscultadas por un médico. Descubrimos que muchas veces no existen diferencias entre las mujeres de clases altas y bajas en su rechazo a ser tratadas por un ginecólogo, aunque finalmente las mujeres de sectores populares ofrecen menos reparos a ser tratadas en los hospitales.

Es preciso señalar que para explicar esta modernidad del XIX, María Emma se remonta al siglo XVIII y trae a colación las reformas borbónicas, en las cuales los ilustrados peruanos, al igual que sus pares de otros virreinos, vieron en

la higiene y en la moderación de los comportamientos una forma de «civilizar» nuestras sociedades. No obstante, la novedad del discurso médico de finales del XIX es que la salud y la sexualidad femenina se transformaron en un problema público e individual a la vez, problema que debía solucionarse con la educación. Como muestra la autora, la posibilidad de lograr el progreso y la civilización estuvo asociada con la salud sexual y reproductiva de la población, en un momento en el cual la Iglesia dejó de tener un papel central en la vida familiar y social. He allí un elemento de la modernidad: la centralidad que para las mujeres adquirió su cuerpo y su higiene. Curiosamente, aunque muchas veces los transmisores de las enfermedades femeninas fueron los hombres, el énfasis del discurso educativo recayó en las mujeres, las *evae* expulsadas. El poder del discurso masculino se evidenció justamente en que los médicos equipararon el embarazo con una suerte de desorden patológico, de modo que las funciones reproductivas femeninas adquirieron connotaciones negativas. Y es que durante esta época el cuerpo de las mujeres tenía como referencia el del varón.

Uno de los hilos conductores del texto nos lleva por el proceso de formación de la identidad femenina definida por su rol doméstico y sustentado en la maternidad y la familia nuclear. No obstante, la autora señala la experiencia del cambio de las formas de estar en la casa y en la calle, entre las mujeres, lo cual contribuye a su proceso de individualización. Las mujeres comienzan a trabajar en las casas de comercio, oficinas públicas y otras instituciones del Estado, es decir, espacios diferentes al

espacio doméstico, que antes había albergado el trabajo femenino.

Al final de la obra, uno se pregunta qué sucedió con este proyecto y cuál fue su alcance. Si por un lado esta modernización fue minando las jerarquías sociales y el rasgo patrimonial del Estado, ¿por qué este proceso no se llegó a concretizar? Una pista, sugerida por María Emma, sería la estructura familiar y las leyes del parentesco existentes en ese entonces, que creaban conductas ajenas al individualismo, propicias para la corrupción, características del comportamiento político en el Perú. Esto también explicaría por qué el positivismo peruano —como analiza Marcos Cueto—, pese a estar pre-

sente en el discurso de los médicos, no llegó a orientar el camino de las instituciones ni sus actividades. En el caso peruano cabe señalar, también, que a diferencia de lo que sucedió en la sociedad mexicana, la Iglesia continuó teniendo el poder de intervenir en los asuntos públicos.

Para terminar, quiero señalar que el fino trabajo de María Emma ofrece una serie de derroteros para desarrollar futuras investigaciones que nos permitan comprender lo que sucedía en otras ciudades del país durante este periodo de cambio de nuestra historia republicana —el del cambio de siglo—, desde una perspectiva cultural y de género.